

El Caribe que nos une

Carlos Espinosa Domínguez

LA SALIDA EN 1987 DE *LA TRENZA DE LA HERMOSA LUNA* fue saludada de manera unánime como el debú de una nueva narradora a quien se le auguraba una brillante y fructífera carrera. Los otros cuatro títulos que Mayra Montero (La Habana, 1952) ha publicado después vinieron a confirmar aquel pronóstico y la han consolidado como una de las mejores novelistas latinoamericanas de su promoción. Esas cinco obras, algunas de las cuales se han traducido ya al italiano, el alemán, el inglés y el francés, se engarzan como partes de un proyecto que entronca con una vertiente de nuestra prosa de ficción escasamente cultivada, aquélla que se asoma al Caribe negro y que tiene entre sus exponentes más distinguidos al Alejo Carpentier de *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces*, el primero entre nosotros que se dejó seducir por «el nada mentido sortilegio de las tierras de Haití». Montero, que se define como una autora inequívocamente caribeña, con especial preferencia por la cultura haitiana, ha declarado que sus orígenes literarios están en Cuba. Empezó a escribir desde muy joven y se vinculó a un grupo de jóvenes con inquietudes literarias entre los que se hallaban Jesús Díaz y Manuel Pereira. Radicada en Puerto Rico desde hace más de dos décadas, reconoce afinidades con contemporáneos boricuas como Edgardo Santaliz y Rubén Ríos Ávila, a la vez que admite lo mucho que aprendió de maestros como Emilio Díaz Valcárcel y José Luis González. Así puede ser sintetizada la prehistoria como narradora de esta cubana que vive en San Juan y escribe novelas ambientadas en Haití.

La trenza de la hermosa luna nos sumerge en el hervidero social que era ese país en vísperas de la caída de Jean Claude Duvalier, «Baby Doc». Ése es el Haití que se encuentra el marinero Jean Leroy al regresar a su Gonaïves natal, tras vivir veinte años fuera. Ha vuelto a instancias de Marcel Rigaud, su mejor amigo en la infancia, convertido ahora en un gran sacerdote del vudú que colabora con el «mandamás de Port-au-Prince». En el transcurso de los cuatro días que cubre la novela, se reencontrará con sus antiguos compañeros y con sus recuerdos, así como con

Choucouné, esa mujer de fuego que maduró en su ausencia. Asiste a las revueltas populares, a la huida del dictador, y aunque asume una postura más bien pasiva ante los acontecimientos que ocurren a su alrededor, no puede evitar el verse arrastrado por esas circunstancias que precipitan su crisis. Todo pasa para él tan rápidamente, que sólo al final se da cuenta de que Papá Marcel lo había hecho venir desde tan lejos «para que lo ayudara a bajar el trago amargo de esa muerte que presentía cercana. Le estaba dando el privilegio de ver morir a un elegido; de compartir con él, hijo de Ogún, favorecido de Quiazán, ese minuto iluminado»¹. Asimismo, comprende que no ha sabido asumir un compromiso personal con su propia vida, ni oponerse a un orden de cosas que, como en las tragedias clásicas, lo hace volver a su punto de partida. El retorno a su tierra lo llevará así a redescubrirse, a pesar su existencia en la balanza caótica que es el Haití contemporáneo, a definir sus prioridades sentimentales y éticas, al tiempo que asiste al final de una era².

Uno de los muchos aciertos de Montero es el severo control que en todo momento mantiene sobre ese material. Su fascinación por una realidad tan alucinante, enigmática y con pasiones en estado primigenio como la haitiana, no la llevan a caer en el exotismo ni en la retórica del realismo fantástico. Los rasgos documentales y los ingredientes costumbristas sobre las prácticas y ritos religiosos están integrados al entramado argumental de modo indivisible, y resultan fundamentales para el desarrollo de la trama y para entender la particular visión de los personajes³. Eso tiene mucho que ver, por otro lado, con un estilo que prefiere la selección al exceso, la elipsis a la estadística, el detalle insinuado al naturalismo; y que se sustenta en una prosa limpia, cuidadosa, plástica y salpicada de hallazgos expresivos. En *La trenza de la hermosa luna* las entrelíneas y las reticencias poseen tanto valor como el discurso explícito, algo que su autora sabe eludir con habilidad. Narra además con una fluidez y una solvencia que consiguen envolver de inmediato al lector, que sigue el relato con interés ininterrumpido. Otro de los valores del libro es la rica y variada galería de caracteres convincentes y con vida. Están, en primer término, Jean Leroy y Papá Marcel, que llevan el peso de la historia. A ellos hay que añadir varias figuras secundarias, entre las cuales hay algunas de muy atractivo perfil como Choucouné, Bonaparte Agena, Nicolasina Tiburcio, Claude Valcin y Papá Prosper. En esa finísima y compleja textura psicológica, Montero logra una justa armonía entre las peripecias externas y el proceso interior, entre lo individual y lo colectivo. No es común que una primera novela despliegue una madurez, una seguridad y un talento instintivo para contar, que ya quisieran para sí muchos escritores consagrados. Esos méritos demostraron que las expectativas que la publicación de su primera novela despertó estaban sólidamente justificadas.

¹ Mayra Montero: *La trenza de la hermosa luna*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1987, p.151.

² Luis Rafael Sánchez: «El esplendor narrativo de Mayra Montero», *El Mundo*, junio 4 de 1987, p. 56.

³ Carmen Dolores Trelles: reseña de *La trenza de la hermosa luna*, *El Nuevo Día*, mayo 3 de 1987, p. 22.

En *La última noche que pasé contigo* (1991), Mayra Montero abandona el mundo haitiano, aunque no el ámbito antillano que tanto la atrae. Como en *La trenza de la hermosa luna*, estamos ante una creadora en quien se advierte el placer de escribir, de contar una buena historia, algo poco frecuente en estos tiempos en los que abundan los libros forzados. Al casarse su hija, Celia y Fernando deciden hacer un crucero por el Caribe, en un intento por hallar en aquel paisaje exuberante algún estímulo que reavive la pasión en una pareja vencida por la rutina de los años. La novela posee una estructura episódica y se articula sobre una continuada permuta de voces narrativas que corresponden a los dos protagonistas, quienes pasan a contar sus recuerdos y andanzas. Vamos descubriendo así un pasado salpicado de episodios e infidelidades y un presente ávido de nuevas experiencias sexuales. Esa alternancia pone en evidencia las fisuras de un matrimonio que antes los unió, pero que hoy los separa. Como único punto común, quedan sus respectivas fantasías eróticas, esa otra vida mucho más sugerente y rica, donde acumulan sus secretos obsesivos e inconfesados y donde sus desavenencias se hacen, paradójicamente, más liberadoras e imaginativas⁴. Ese mundo acallado que en su anodina existencia cotidiana reprimen, sale a flote excitado por el estímulo de un ámbito propicio: la aventura misma del viaje, el barco con lo que tiene de apartamiento y espacio acotado, la voluptuosa sensualidad del Caribe, «ese mar garapiñado de boleros», pues tal como su propio título insinúa, ésta es una novela contada a ritmo de bolero. El nombre de cada capítulo pertenece al de una conocida pieza de ese género musical (*Sabor a mí, Nosotros, Vereda tropical, Negra consentida*). Los dos únicos hombres con quienes Celia se había acostado tenían una afección enfermiza por aquella música: Fernando hablaba de una filosofía del bolero, de una manera de ver el mundo, de sufrir con elegancia, de renunciar con dignidad; Agustín Conejo, por su parte, decía que el bolero le ayudaba a pensar, le animaba a decidirse, lo obligaba a ser quien era. La propia Celia recuerda que cuando era muy joven realizó los primeros «reconocimientos» de su cuerpo mientras escuchaba los discos de Lucho Gatica: «Gatica cantaba con la boca llena, cariño como el nuestro era un castigo, y yo me castigaba, me pellizcaba los labios —los de abajo—, me arañaba los muslos, gemía su nombre, Lucho, Luchito, Luchote, él estaba en la gloria de mi intimidad, en lo más íntimo, en lo más salvaje, olvidando decir que me amaba, ¿me amabas?, quien no amara no dijera nunca que vivió jamás»⁵. La abuela de Fernando se murió oyendo *Somos*, su tema preferido, y hubo que ponérselo diecisiete veces antes de que entrara en coma. El gran amor de Julieta, la compañera de travesía con quien aquél tiene una devoradora relación, fue un trompetista de una orquesta de boleros que la poseía al compás de *Contigo en la distancia*. Y durante el viaje, en el trayecto hacia Antigua, un conjunto musical deleita a las parejas con su esmerado repertorio de boleros e invade el

⁴ J. Ernesto Ayala-Dip: «Escribir el deseo», *Libros*, mayo 5 de 1991.

⁵ Mayra Montero: *La última noche que pasé contigo*, Tusquets Editores, Barcelona, 1991, pp. 103-104.

salón con «un aire de nostalgia, como si le estuviéramos diciendo adiós a algo, no sabíamos bien a qué».

Montero realiza un verdadero *tour de force* al narrar la novela desde la perspectiva de Celia y Fernando, lo que a su vez implica recrear la óptica que cada uno tiene de la sexualidad. Eso hace que los dos discursos se confronten y que conozcamos una historia y su contraparte. En ese aspecto, *La última noche que pasé contigo* está cuidadosamente montada y su entramado argumental incluye pequeñas sorpresas y elementos suspensivos. Fue finalista en el XII Premio La Sonrisa Vertical, lo que supuso que apareciera en la colección de igual nombre de la editorial española Tusquets. La autora, no obstante, la considera una obra más sicológica que erótica, y puntualiza que en su obra el erotismo es puesto en función de conocer más profundamente al ser humano. A lo cual podemos agregar que las buenas novelas eróticas no pueden ser sólo eróticas, como no pueden serlo las policíacas o las de ciencia-ficción. Aparte de que, como ha señalado Mario Vargas Llosa, en la vida real lo erótico no se halla separado del resto de las experiencias humanas, un contexto donde la actividad sexual se realiza y encuentra su sentido. En cualquier caso, nos hallamos ante una buena novela, algo que es necesario exista para que exista una buena novela erótica⁶. Dado el valor subversivo que en las letras hispanoamericanas tiene el erotismo, es posiblemente el libro de Mayra Montero que más se ha leído, aunque no siempre de modo correcto. Por ejemplo, es patético el empeño de algunas profesoras universitarias indigestadas con las teorías feministas que censuran a *La última noche que pasé contigo* la manera como representa a la mujer. En el exilio tampoco han faltado, conviene recordarlo, las lecturas moralistas aplicadas a textos de Reinaldo Arenas y Miguel Correa, hechas por comisarios de las buenas costumbres que confunden la libertad de expresión con la idiotez puritana. Esquematismos feministas y puritanismos aparte, el segundo libro revalidó a Mayra Montero como una escritora privilegiada con unas dotes especiales para desarrollar una historia, con el lenguaje, la estructura y los recursos idóneos a ella, y para poner a su servicio unos buenos personajes y un marco atractivo.

Con *Del rojo de su sombra* (1992), Montero vuelve a la temática haitiana, aun cuando la trama de la novela no se desarrolla en ese país. Estudiosa de los cultos afrocaribeños, partió para escribirla de un suceso verídico ocurrido hace pocos años en algún punto de La Romana, en la República Dominicana, que las autoridades dieron por cerrado calificándolo como un simple crimen pasional. En la nota que encabeza la novela, la autora apunta que cada año, miles de haitianos cruzan la frontera para ir a laborar como cortadores de caña en la República Dominicana. Allí les esperan una vida miserable y unas condiciones de trabajo calcadas de los más crueles regímenes esclavistas, así como el menosprecio de los dominicanos, que los llaman despectivamente *congos*. Como medio de defensa para resistir el infierno crudo que es el caña-

⁶ Rafael Conte: «El lugar de la literatura erótica», *ABC*, marzo 16 de 1994, p. 3.

veral y conservar su dignidad como seres humanos, se aferran a sus creencias religiosas, a sus dioses. Con ellos llevan también sus odios, rencillas, alianzas y luchas por el poder. Se agrupan además en *societés*, y poco a poco van organizando el *gagá*, una especie de cofradía hermética en la que es muy difícil penetrar. Su gran fiesta la celebran en Semana Santa y consiste en un alucinante peregrinaje por los campos que rodean al ingenio. A veces el *gagá* se cruza en el camino con otro. El encuentro puede ser cordial o muy sangriento, de acuerdo al impredecible humor de los dioses. Sobre unos hechos reales y apoyándose en una exhaustiva investigación periodística y antropológica, Montero ha construido una extraña y fascinante historia que respira y desgrana amor, sangre, sexo, celos y muerte. Sus protagonistas son *Zulé*, una *mambo* o sacerdotisa muy conocida y respetada en la región, y el *bokor* Similá Bolosse, un hombre sanguinario temido por todos, vinculado a los odiosos *tonton macoutes* e involucrado en el tráfico de drogas a Puerto Rico. La novela comienza cuando la *dueña* del *Gagá* de la Colonia Engracia se apresta a salir en su recorrido anual por Semana Santa. Prevenida por varios amigos de que Similá la espera para pelear con ella, si no acepta la alianza que le ha ofrecido, se niega a cambiar sus planes y parte una tarde con una canícula que arrasa los campos. Es el viaje sin retorno hacia una batalla que ya está perdida, hacia una muerte anunciada e inexorable que le llegará, irónicamente, de la mano menos pensada: la de Jérémie Candé, su servidor más antiguo, su adepto más remoto, a quien la unían unos lazos especialmente complicados. Ese plano se alterna con otro retrospectivo mediante el cual vamos conociendo los antecedentes de los distintos personajes que intervienen en la trama. Ambos convergen en el momento climático en que los dos *gagás* se enfrentan en medio de una tormenta que no alcanza a ocultar el sol.

Se va reconstruyendo así el retrato de *Zulé*, uno de los mejores y más complejos caracteres creados por Mayra Montero. Única sobreviviente, junto con su padre, de una familia que murió ahogada en un río, con sólo doce años fue «prometida» por Coridón, quien la inició no sólo en la religión, sino también en el sexo. De él aprendió la ley de los amarres y resguardos, la ley para fundamentar cazuelas y la muy difícil ley del cuidado de los muertos. Era tal su voracidad de aprender, que en poco tiempo se transformó en una *mambo* precoz e instintiva, a la que venían a consultar desde lugares remotos como Saona o el Cabo Cabrón. El mismo día que Coridón muere, ella, cumpliendo su promesa, se traslada hasta la Colonia Engracia para fundar allí su propio *gagá*. Ascensión tan vertiginosa, admite su padre, no se había visto en *societé* alguna. Cuando se conocen, Similá le confiesa: «Me hablaban de la hija cerrera de un *houngán* sin suerte que vivía en las faldas del Mayombé; me hablaron de la viuda marimacho del difunto Coridón; me hablaron de la corteja grande de un negro chino que, sin ser mudo, jamás abre la boca. Las tres veces eras tú»⁷. El *bokor* que, como ella, utiliza su potencia sexual como instrumento

⁷ Mayra Montero: *Del rojo de su sombra*, Tusquets Editores, Barcelona, 1992, p. 90.

de dominio, hará experimentar el despecho de la amante rechazada a esta mujer a la que cualquier muestra de ternura le costaba un esfuerzo sobrehumano. Fuerte, batalladora, astuta, Zulé es al mismo tiempo indefensa e incapaz de ver el triángulo fatal que ha provocado. Una vez más, aparece recreado con autenticidad el mundo del vudú, con sus misteriosos rituales y con la presencia persistente de la muerte. En el libro se cuentan casos de espíritus malignos que montan a hombres; de mujeres que bajan donde los difuntos; de sacerdotes que se bañan en la sangre de cien cabritos para que las divinidades les abran los caminos; de esposos condenados por amarres que no se pueden desatar, hechos por una mambo retorcida. Esas creencias ancestrales y esa confrontación con fuerzas superiores, confieren a aquellas vidas oscuras, tristes y marginales una dignidad épica, les dan un significado trascendente que magnifica su humanidad humillada y les permite superar la muerte, colmarla de sentido⁸. La autora considera que además de ser una obra sobre el amor y las pasiones humanas, *Del rojo de su sombra* es también una reflexión sobre la desventura del inmigrante. Mayra Montero demuestra nuevamente que conoce muy bien la realidad que recrea. Eso se plasma en el estupendo y seguro trazado de los personajes, en su magnífica radiografía de ese mundo ancestral y, al mismo tiempo, actual, en la resistencia al facilismo, las simplificaciones y el exotismo. Asimismo, sabe construir unos diálogos creíbles, a la vez que elaborados, oportunos y de una eficacia hemingwaiana. Todo ello en una novela que es un magnífico ejemplo de cómo combinar la amenidad y la sabiduría narrativa.

De todas las novelas de Montero, es posiblemente *Tú, la oscuridad* (1995) la que posee un argumento más simple. Víctor S. Griegg, un biólogo norteamericano especializado en batracios, llega a Haití en busca de un raro ejemplar de rana casi desaparecido y único en el mundo: la *Eleutherodactylus Sanguineus*, más conocida por el inquietante nombre de *grenouille du sang*, es decir, rana de sangre. Será su guía Thiery Adrien, quien lo introducirá en la vida cotidiana y el mundo mágico-supersticioso de la isla caribeña. En el itinerario a la montaña donde habita la rana, coincidirá con Sarah, una botánica compatriota suya que lleva años tras una planta hembra, la *Pereskia quisqueyana*, también a punto de extinguirse. Este sucinto resumen de la trama no da idea de su complejidad ni del sugerente tratamiento al que la autora la somete, como tampoco de su admirable capacidad para sacar de unos cuantos elementos tanto partido. La novela está estructurada a partir de la alternancia de dos voces narrativas, la del científico y la de su guía. Esos monólogos a dos bandas —los del segundo corresponden a las historias que cuenta a Víctor y que éste empieza a grabar cuando se percata de que, entre una y otra, Thiery incluye datos valiosos acerca de la rana— tienen como contrapunto las «fichas» que van intercaladas entre los capítulos y que se refieren a distintas especies de batracios que han ido desapareciendo, sin que se conozcan las

⁸ Ramón Luis Acevedo: «Mayra Montero: la recia novela *Del rojo de su sombra*», *El Nuevo Día*, diciembre 5 de 1992, p. 85.

causas, en países como Colombia, Estados Unidos, Suiza, Australia o Costa Rica. Esos discursos paralelos representan, a su vez, a dos mundos y dos concepciones de la vida muy diferentes, unidos aquí por un punto común que posibilita la solidaridad: la búsqueda de la rana de sangre, que adquiere así un valor metafórico. Thiery encarna la sabiduría popular, el conocimiento oculto de los misterios del vudú, las voces de las tradiciones oscuras de Haití, la vena salvaje y naturalista del hombre. El herpetólogo es su reverso, con su formación cartesiana, su saber científico y su escepticismo occidental. Uno y otro mantienen, no obstante, relaciones de igual a igual, y terminarán mezclándose para reafirmar el choque cultural que marca a la sociedad haitiana. De esa colisión los dos saldrán cambiados y unidos para siempre, cuando mueren en el naufragio del barco que los llevaba a Port-au-Prince. Con ellos desaparece también el último ejemplar de la *Eleutherodactylus Sanguineus*. Como en otras novelas de Montero, al final la muerte acaba por imponerse.

Ambos personajes se van perfilando hasta adquirir su plena medida en los saltos atrás del relato, así como en una trama que alcanza un clima asfixiante, a caballo entre la violencia del ambiente, la sensualidad caribeña y los entresijos de una tradición mágica⁹. Hay además un estupendo retablo de caracteres secundarios, entre los que destacan, especialmente, los femeninos (Frou-frou, Yoyotte Placide, Ganesha, Blanche, la mujer desquiciada del alemán). De fondo, está el sugestivo escenario de Haití, un alucinante crisol donde conviven los zombis y los traficantes de drogas, lo real y lo imposible, el sexo y la violencia, con la presencia de la muerte en sus diferentes manifestaciones. A esta realidad tan contradictoria se refiere el biólogo cuando expresa: « ¿Cómo explicarle que Haití no era un lugar a secas, un nombre solo, una montaña con una rana sobreviviente? ¿Cómo hablarle de los animales que echaban todavía vivos a las hogueras, y del polvo, y de las pestilencias, las abominables, impensables, desconocidas pestilencias? ¿Cómo describirle las calles, los albañales abiertos, la bosta humana en medio de la acera, los cadáveres al amanecer, la mujer sin sus manos, el hombre sin su rostro?... ¿Cómo meterle en la cabeza, gran Dios, que Haití se estaba terminando, y que esa loma de huesos que iba creciendo frente a nuestros ojos, una loma más alta que el pico Tête Boeuf, era todo lo que iba a quedar? »¹⁰. Montero sabe de lo que habla y logra comunicarnos la fascinación de ese insólito país. Su dominio del tema cristaliza en un texto en el cual se sugiere tanto como se cuenta, gracias a una inteligente dosificación de detalles. Nuevamente demuestra su técnica impecable, su asombrosa firmeza en el pulso narrativo, todo ello servido por las mejores virtudes estilísticas, por una prosa limpia, elegante, contundente.

En *Como un mensajero tuyo* (1998), el periplo caribe o de Mayra Montero la lleva, por fin, a recalar en su tierra natal. Historia y ficción se funden en esta magnífica novela, tras la cual resulta fácil descubrir una minuciosa labor para

⁹ Joaquín Marco: reseña de *Tú, la oscuridad*, *ABC Cultural*, n.º 193, julio 14 de 1995, p. 9.

¹⁰ Mayra Montero: *Tú, la oscuridad*, Tusquets Editores, Barcelona, 1995, pp. 226-227.

documentarse sobre hechos y personajes. El punto del cual parte es un suceso que los cubanos comentaron y recordaron durante mucho tiempo: el 13 de junio de 1920, cuando Enrico Caruso interpretaba *Aída* en el Teatro Nacional de La Habana, una bomba estalló en el recinto. Cuenta la prensa de la época que el legendario tenor italiano salió corriendo, vestido aún de Radamés, y no reapareció hasta algunos días después, sin que hasta hoy se haya podido averiguar dónde y con quién permaneció. La novela relata los estragos que aquella bomba causó en la vida de algunas personas: Arturo Cidre, cronista social del diario *La Discusión*; la Macorina; Manuel Martínez, el boticario del Cerro detenido injustamente; Vicente Pérez Navarro, un periodista que investigó lo sucedido; Violeta Anido, la cocinera del Hotel Inglaterra; Benito Terry, el médico de Cienfuegos que atendió a Caruso tras la paliza que recibió en Trinidad; Abadell Trujillo, que pudo entrevistarle cuando reapareció en Santa Clara. «No hubo una bomba, comenta éste último, sino muchas. Todas las que nos cambiaron en aquel verano, todas las que nos hicieron pedazos»¹¹. Para ninguno de ellos, sin embargo, las huellas de esos acontecimientos fueron tan hondas y dolorosas como para Aida Tetrina Cheng, una hermosa mulata de rasgos achinados que vivió con Caruso una breve e intensa historia de amor, fruto de la cual nació una niña. Es ésta quien, tres décadas después, emprende con la ayuda de su madre la reconstrucción de unos hechos envueltos hasta entonces en el misterio. Hallamos de nuevo el mundo perturbador y oscuro de la santería, que aquí —y es lo novedoso en la obra de Montero— aparece contrastado con el mundo europeo y blanco del tenor. Hay asimismo un paralelo poético entre la narración que se cuenta en *Aída* y algunas de las historias que conforman el panteón afrocubano, algo que se hace explícito en los comentarios del santero Calazán cuando escucha el resumen del argumento que hace el propio Caruso. La patética y trágica figura de éste está dibujada según los patrones de esa religión: al llegar a La Habana, su destino estaba trazado por los orichas. Era ya un hombre al que la Ikú le había tendido la mano. *Como un mensajero tuyo* prueba una vez más el talento, la agudeza y la inteligencia literaria de su autora, así como su capacidad para penetrar en el misterio y «esa escalofriante fuerza para transmitir lo literalmente intransmisible, el mito estupendo contado desde dentro»¹². De sus páginas, escritas con una prosa poderosa y decantada, emergen los territorios enigmáticos e insondables de una Cuba pocas veces mostrada por nuestros narradores. Sorprende, no obstante, que Mayra Montero, tan meticulosa al construir sus ficciones, haya dejado algunos cabos sin atar. ¿Quién es, por ejemplo, ese extraño hombre que en el primer capítulo va a visitar a la anciana Enriqueta y le lleva un paquete de fotos? ¿Quiénes los atacantes de la pareja cuando se hallaban ocultos en Trinidad? ¿Cómo averiguaron que se encontraban allí? ¿Los envió acaso la Mano Negra que andaba tras la pista del cantante?

¹¹ Mayra Montero: *Como un mensajero tuyo*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998, p. 156.

¹² Rosa Pereda: «El Misterio de Caruso», *Babelia*, nº 338, mayo 2 de 1998, p. 11.

Como un mensajero tuyo integra, junto con *La trenza de la hermosa luna*, *La última noche que pasé contigo*, *Del rojo de su sombra* y *Tú, la oscuridad*, un proyecto narrativo de ejemplar coherencia. «En mis libros, ha expresado Mayra Montero, hay una propuesta básica: el Caribe como un todo, como una unidad. No son sólo islas separadas, son un conjunto de sensibilidades, tradiciones y casi una manera de ser»¹³. Respecto a la realidad desconcertante y enigmática que recrea en sus novelas, aclara que si en éstas «hay algo que sorprende, o que puede resultar exótico, si hay algo que provoca asombro o incredulidad, se debe esencialmente al hecho de que para la mayor parte del mundo, el Caribe continúa siendo un perfecto desconocido». Pocos escritores han sabido hablar como ella de ese mundo cercano y localizable, pero a la vez tan lejano para nosotros, ese Caribe que también es nuestro.

¹³ Rosa Pereda: «El saber seguro de Haití», *Babelia*, agosto 26 de 1996, p. 9.